

Cartas a Francisco

Carlos Amigo Padre Ángel García Isabel Gómez Acebo
Francesc Torralba Miriam Diez Bosch
José Antonio Pagola Juan Arias Pepa Torres
Carmen Bernabé Sebastián Mora Antonio Ávila
Mº Patxi Ayerra Luis Fernando Vilchez
Fernando Vidal Isabel Cuenca Pedro Miguel Lamet
Luis González-Carvajal Carmen Pellicer
Estibaliz Fraca Pedro Zamora



Profundamente evangélico

Luis Fernando Vilchez (exdecano de la facultad de Educación de la Universidad Complutense)

Querido papa Francisco, querido padre Jorge:

El género epistolar suele ser, en la mayoría de los casos, de carácter privado, o tal vez solía serlo, porque ahora la comunicación entre particulares es en la mayoría de los casos a través de correo electrónico, o de *whatsapp*, y el estilo ha cambiado. Antes abría uno con impaciencia una carta y había una expectación a ver qué nos decían nuestros padres, hermanos o amigos. Le confieso que recuerdo con nostalgia las cartas de mis padres, pues desde muy joven viví lejos de ellos y conservo algunas de las que me escribieron. Hoy, hijos todos de un inmediatismo que nos empuja y donde las coordenadas de tiempo y espacio en la comunicación han quedado rotas u organizadas de otra manera, basta con un clic al ordenador o al móvil y allí aparece lo que alguien nos quiere comunicar.

Pero esta es una carta especial, es una carta persona a persona y al mismo tiempo pública. Es especial, además y, sobre todo, por el destinatario a quien va dirigida y porque está pensada, junto con otras misivas hermanas, para que muchas personas las puedan leer. Ya no es lo mismo. Seguro que si yo le escribiera una carta que solo usted fuera a leer no sería igual, le diría más cosas, al igual que si tuviera la ventura de hablarle cara a cara. Me situaré entonces en un punto intermedio acomodado a las circunstancias. Lo que voy a manifestarle es totalmente sincero y personal, no se me van a quedar muchas cosas en el tintero, quiero decir, escondidas entre las rejas del ordenador. Y, por otro lado, voy a tratar de que a través de mis palabras resuenen las de otros muchos que también quisieran escribirle y puedan sentirse identificados con ellas. Yo tengo ese privilegio, que agradezco. Espero que lea mi carta, como las de mis colegas escribientes, aunque le imagino poco menos que abrumado por la enorme cantidad de ellas que sin duda recibirá cada día. Como a través del libro se presentan juntas unas cuantas, es posible que, entre todas, hagan fuerza y no se queden extraviadas en los vericuetos de las estancias vaticanas.

Le confieso que he titubeado a la hora de escoger el encabezamiento de la carta, así como lo del tratamiento, pero soy poco amigo de adornos innecesarios en los discursos interpersonales cuando las formas son correctas y uno no olvida a quién le habla y quién es uno mismo, el que habla o escribe. Siempre me ha

agradado el *vos* argentino en el habla coloquial, pues ya decían nuestros clásicos que ese tratamiento iguala a quien ostenta un cargo o dignidad importante con la más humilde de las personas, como también me suena bien que en su país natal se utilice habitualmente el *usted*, que no es otra cosa que *vuestra merced*, expresión hermosa donde las haya.

Permitíame que le hable un poco de mí, porque esta carta, aunque pública, no quiere alejarse en demasiado de ese trato cercano, familiar y afectivo que toda carta requiere. Mi nombre es Luis Fernando, soy padre de familia, con dos hijos ya fuera de casa, afortunadamente con trabajo. Seguro que usted sabe que nuestro país, a pesar de ser contado entre los desarrollados, tiene un índice de paro insopportable y a todas luces injusto, que afecta sobre todo a las jóvenes generaciones. Por eso he dicho lo de «afortunadamente». Soy profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid, en las áreas de la Psicología y la Educación y sigo vinculado a ella mediante la dirección de tesis doctorales, cursos en España y Latinoamérica, así como a través de otras actividades académicas.

Creo haber leído que usted también estudió Psicología e incluso fue profesor de esta materia. Es más, en algunos de sus escritos y pronunciamientos públicos me ha parecido adivinar la influencia de psicólogos y pensadores de tendencia personalista, como Fromm, Mounier, Maslow, Allport, Rogers u otros, que a mí también me han influido. Ya ve, padre Jorge (sospecho que este tra-

«Tenemos en común la fe en el ser humano, la esperanza y el respeto a los distintos».

ser humano a pesar de todos los pesares y la esperanza activa y crítica en la construcción de un mundo mejor, basado en la paz, la justicia, el entendimiento entre todos los pueblos, religiones y culturas, el respeto a los distintos por cualquier motivo o circunstancia, la sensibilidad comprensiva y compasiva hacia todos, el espíritu misericordioso (*miseris cor dare*, «entregar nuestro corazón a los pobres y necesitados») hacia los que se equivocan, y una especial y evangélica predilección hacia los excluidos. Me siento confortado cuando escucho de su boca, o leo en sus escritos, estos mensajes. Son mensajes, no recetas, que inciden en lo más básico, poniendo siempre el acento en la persona, valor fundamental en torno al que se articulan los demás valores, recordándonos a todos que estos no existen si no se concretan en acciones impregnadas de ellos. Así interpreto sus mensajes, en los que creo ver reflejadas dos preocupaciones que yo también he tenido desde muy joven: las preguntas sobre la injusticia y sobre el mal en el mundo. Permítame que le comente dos ané-

tamiento toda su vida le traerá buenos recuerdos), que tenemos muchas cosas en común: la psicología, mi simpatía y amor por su país natal y algunas otras cosas que le diré a continuación.

Mas, por encima de todo, tenemos en común la fe en Jesús, el Dios con nosotros y entre nosotros, la fe en el

dotas de mi vida, que ilustran lo anterior. Cuando tenía apenas 15 años, algo rondaba en mi mente y un buen día le pregunté al párroco del lugar, un pequeño pueblo andaluz en la provincia de Granada, si el rico de aquel pueblo (ya sabe, los poderosos que a veces son los dueños de todas las tierras de un mismo lugar...) pagaba a los obreros «lo justo» y él, después de pensarla un poco, me respondió que les pagaba «lo legal», entendiendo por mi parte para siempre que no en todas las ocasiones una y otra cosa coinciden. Algunos años después, en torno a los 23 recién cumplidos, pasé unos meses en Alemania, completando estudios filosóficos y allí, visitando el antiguo campo de exterminio de Dachau, tuve la ocasión de seguir preguntándome por el problema del mal, tema sobre el que había leído bastante y frente al cual sigo sin encontrar respuestas convincentes. Como su antecesor, Benedicto XVI, usted también nos ha dicho que se sigue haciendo preguntas sobre el problema del mal en el mundo. Y entreveo en sus preguntas y respuestas que, a pesar de todos los pesares, siempre hay un rayo de esperanza. Usted es el papa de la esperanza.

Tengo en común con usted, Padre, pertenecer a una generación que vivió el concilio Vaticano II siendo joven y, aunque siendo unos cuantos años menor, estoy seguro de que lo vivimos con igual ilusión y esperanza. Por eso me entusiasman siempre sus palabras cuando apelan a aquella ventana abierta al mundo que significó el Concilio. De la misma manera que muchos

de mi generación, pienso que el Vaticano II encierra un tesoro escondido, no sé si secuestrado u olvidado en parte a los pocos años de su puesta en práctica, con extraordinarios pronunciamientos, intuiciones, concepciones teológicas y eclesiales, pero que «están ahí», es decir, inéditas, como si formaran parte de un museo que se visita, se admirarán sus obras y cualquiera dice para sus adentros «¡qué verdad, qué belleza!», y luego permanecen archivadas y «museizadas», en lejanía, uno no se las puede llevar a casa. Llegado aquí, me atrevo a hacerle una primera petición: abra, por favor, el tesoro maravilloso del Vaticano II en toda su plenitud para que nos lo podamos llevar a las casas de todos, al mundo, a la Iglesia, pueblo de Dios y casa común de todos los que creemos en Jesús.

De usted se han dicho y se dicen muchas cosas buenas, no es una alabanza vana, se lo digo públicamente porque, siendo humilde como es, no dará importancia a esto, no lo necesita para su autoestima. También es sabido que hay, paradójicamente dentro de la propia Iglesia, sectores importantes que le «hacén la guerra» y le ponen piedras en el camino, lo que a muchos nos escandaliza y a mí personalmente me entristece no poco. Como contraste, se puede constatar que, incluso entre los no creyentes, sus palabras resultan no solo respetables, sino además creíbles; particularmente, siendo padre de hijos jóvenes y pasar toda mi vida profesional entre universitarios, me ha alegrado comprobar que sus mensajes tocan sus corazones, les suenan a música

nueva, no los ven lejanos o atemporales. A mi modo de ver, lo que en el fondo les «llega», con una gran mayoría de alejados o, como mucho, «en la frontera» entre ellos, es que no se trata de mensajes condenatorios a priori, incidiendo siempre sobre los mismos temas, sino palabras estimulantes que ponen el acento en lo que de verdad debe importar para ser mejores personas y hacer, entre todos, un mundo humanamente más habitable y éticamente mejor.

Su lenguaje es sincero, claro y diáfano, sin los típicos recovecos y cautelas tradicionalmente habituales en la comunicación eclesiástica, no es necesario haber hecho un cursillo acelerado de Teología para entenderlo. Usted llama a las cosas por su nombre, aunque le confieso que algunas veces he tenido que hacer de «traductor», ante amigos y conocidos, de algunas de sus expresiones un tanto hiperbólicas y provocadoras, que le brotan espontáneas, como a todo buen argentino en su variante porteña. En mi caso, servirle de traductor no tiene mérito, por motivos familiares, debo incluso decirle que también se me escapa en ocasiones algún argentinismo, pues todo se aprende. Pero creo que lo realmente importante es que sus palabras «llegan», hacen diana, porque son palabras de vida y esperanza.

Me admira y emociona que usted se considere también pecador y además lo diga. Lo somos todos, criaturas imperfectas, con fallos, necesitados del perdón de Dios y de los hermanos. Y me agrada que, con gran frecuencia, como hizo desde el principio

de su misión en la Iglesia, ruegue que recemos por usted. Puede estar seguro de que millones de personas lo hacen, lo hacemos. Al considerarse imperfecto, como cualquier persona, al realizar determinados gestos y haber tomado decisiones en apariencia sencillas y hasta triviales, ha logrado que se empiece a ver, no solo a su persona, sino a la tarea que desempeña en la Iglesia, como algo «normal», sin que eso quite trascendencia e importancia a la misión. Normal me parece que le guste el fútbol y que incluso, como nos pasa a los aficionados a este deporte, tenga también «su» equipo. Normal me parece que viva en una sencilla y funcional residencia, conviviendo con obispos y sacerdotes de todo el mundo que por allí pasan. Normales me parecen sus zapatos negros. Veo normal que no entone los cantos en las celebraciones litúrgicas, que no se obligue a ello, pues otros lo pueden hacer mejor sin que nada se rompa o la ceremonia pierda dignidad, porque intuyo que la práctica del canto no debe ser su fuerte. Normal me parece lo que he oído a muchas personas en Buenos Aires, con motivo de mis colaboraciones universitarias en su país: que usted siempre guardaba su sitio en la fila de los que esperaban el autobús, sin permitir acceder a un lugar delantero. Su «normalidad» es una característica que acerca, humaniza en el mejor sentido de la palabra, transmite sencillez, no pierde dignidad, sino lo contrario y ha roto barreras.

Me impresiona su postura profundamente evangélica de no juzgar. «No juzguéis y no seréis juzgados», dijo y nos sigue di-

ciendo Jesús, que usted tradujo perfectamente ante los periodistas, siempre incisivos en busca de una frase, con aquella suya que dio la vuelta al mundo: «Quién soy yo para juzgar». Adivino en el fondo de estas actitudes su impronta jesuítica, formada en la práctica del discernimiento psicológico y espiritual, todo ello enriquecido en la pastoral del tú a tú, escuchando, no simplemente oyendo, a tanta gente diversa, cada una con su yo y sus circunstancias. Usted no se ha erigido en el juez del mundo, sino que se manifiesta como el padre que ama a los hombres y mujeres que lo pueblan, para alentar, mediar, componer, aportar luz... y reñir (esto también lo hace en «modo argentino») si es necesario.

«Muchos aguardamos que se concreten acciones de mayor calado».

Y me alegran sus gestos y acciones en relación con el ecumenismo y el encuentro con representantes de religiones no cristianas, en pie de igualdad y diálogo. Me llenan de esperanza sus gestiones en pro de la paz en el mundo y sus gritos condenatorios sin tapujos (*esto es una vergüenza!*) cuando se ha desplazado hasta las orillas de ese mar que se traga cruelmente a tantos hermanos nuestros que esperan encontrar cobijo entre nosotros. Usted clama para que el *hostis* (el extranjero, el que viene de fuera y, por tanto, enemigo) se convierta en *hospes*, es decir, en alguien a quien hospedamos entre nosotros, en nues-

tras vidas y en nuestro corazón. Hace años que descubrí que curiosamente esas dos palabras, *hostis* y *hospes*, términos latinos, comparten una misma raíz indoeuropea, *ghost*: el que viene de fuera. El cambio de una palabra a otra, de una a otra situación, de una a otra actitud, encierra una verdadera lección de interculturalidad, de humanidad, de Evangelio, de experiencia moral: «Fui peregrino y me acogisteis».

Mi carta, ahora que la leo, pues la he escrito toda seguida, me da la impresión de que está resultando como una especie de *feedback* que le transmito sobre cómo interpreto y hago míos sus mensajes, sus acciones, su persona y que le hago llegar a través de este medio. Lejos de mí, por tanto, haber pretendido hacer «sugerencias», menos aún dar «consejos», pero sí manifestar públicamente (no olvido la «otra» finalidad de estas cartas) mis convicciones. Solo hago una excepción a lo que acabo de afirmar y ruego que me perdone si no le pareciera oportuna. El gran Immanuel Kant decía aquello de *sapere aude*, «atrévete a pensar», referido al conocimiento profundo y crítico de la realidad, no al simple «darse por enterado» de los hechos. Cabe hablar, a mi entender y aunque Kant no lo dijera, de un *dicere aude*, «atrévete a decir». Usted ha seguido y sigue admirablemente ambas sentencias. Quedaría una tercera, a la que tampoco alude Kant, pero que me ha permitido en ocasiones expresar en público y escribir, *facere aude*, «atrévete a hacer». Usted ha hecho suya, en buena medida, esta última sentencia también, hasta donde ha

podido, y su prudencia, enriquecida con las aportaciones de sus más inmediatos colaboradores, le ha aconsejado. Pero no sería sincero con usted si no le dijera que muchos en la Iglesia aguardamos, no sin cierta impaciencia, que ese «hacer» se concrete en determinaciones y acciones de mayor calado. Mi percepción es que una inmensa mayoría de creyentes las estamos aguardando y las apoyaríamos a ojos cerrados y a ojos abiertos. Somos conscientes de que la historia tiene sus espacios, sus tiempos y sus ritmos, pero estamos también convencidos de que este es un momento privilegiado, un *kairós*, para la toma de algunas decisiones concretas, que sospecho que más de uno de mis colegas escribientes habrán señalado en sus cartas y que están en la mente de todos: papel, misión y quehacer de la mujer en la Iglesia, el ministerio sacerdotal y las posibles diversas figuras de quienes lo desempeñen, una verdadera colegialidad a nivel de la Iglesia universal, decisiones ecuménicas, etc. A lo mejor me equivoco, pero creo que el pueblo de Dios está bastante más maduro para asumir cambios como los relacionados con esos temas de lo que muchos a veces nos quieren hacer creer.

Creo en la existencia de una inteligencia específica en el ser humano, junto a otras, la inteligencia moral, potencialidad de la que venimos dotados los seres humanos, pero que hay que despertar, formar y desarrollar. La entiendo como la capacidad para razonar en términos de bondad, de lo bueno y de lo justo, de lo que humaniza, de lo que nos hace mejores personas. Es

la capacidad para discernir lo que es debido en cada momento, razonando y argumentando. Es una capacidad cognitiva (discernimiento, deliberación) que, ayudada de habilidades emocionales y sociales, impulsa a la acción buena, a lo mejor y más justo en cada caso. Cuando cualquier persona se encuentra ante un problema, una duda, una decisión que tomar y que afecta a lo que es justo y debido, suele buscar el consejo de personas que aúnan la inteligencia lógica con la emocional y con el mundo de valores que se incluyen en lo que personalmente entiendo como inteligencia moral. Esta inteligencia se sitúa en el campo de la moderación y la medida, de la prudencia y de la empatía, de la huida de extremismos, del equilibrio, la templanza y la armonía. Si además esa inteligencia moral se nutre de los valores que Jesús nos propone, podríamos hablar de una inteligencia «evangélica». Usted es una persona dotada de gran inteligencia moral, de inteligencia evangélica, vicente dando lecciones de ella al mundo entero. El presente y el futuro de la historia se lo agradecerán.

No olvido, pues lo he tenido todo el tiempo presente al escribir esta carta, que el papa no es para nosotros, los creyentes, simplemente una persona importante que puede tener unas u otras cualidades y carismas. Es el sucesor de Pedro, que nos preside en la caridad, el siervo de los siervos de Dios, nuestro hermano mayor, que ha de cumplir con fidelidad un mandato y una tarea que proceden de la voluntad misma del Señor. Es así en todos los casos, prescindiendo de quien ejerza ese ministerio.

Pero, dando esto por sentado, he querido dirigirme a usted de persona a persona, se trata de una carta.

Al volver a leer lo que he escrito, compruebo que soy reiterativo en utilizar la palabra *esperanza*. Es algo que me sale espontáneamente y es inevitable que termine mi carta con esta referencia. Un pensador español, don Pedro Laín Entralgo, creyente ilustrado y crítico, porque, como Chesterton decía, «cuando uno entra en la iglesia hay que quitarse el sombrero, pero no cortarse la cabeza», se refería a la esperanza como una virtud eminentemente activa, no es aguardar a que las cosas ocurran mientras uno se cruza de brazos. Es una virtud y una actitud que no huye de la realidad, sino que exige reconocerla y hacer algo por cambiarla, transformarse uno a sí mismo y ayudar a transformar el mundo, una facultad que nos impulsa a construir una sociedad más justa, solidaria y equitativa, un antídoto frente a los discursos del odio, la división, la venganza, el racismo, la exclusión y el repliegue individualista. Al poner fin a esta carta me hago, pues, eco de la música y letra de los mensajes siempre alentadores que usted nos transmite a los creyentes y al mundo entero. Y, al despedirme, hago mías unas recientes palabras de la directora general de la UNESCO, Irina Bokova, aludiendo a un dicho de su tierra natal: «En el país de la esperanza, no hay invierno».

Rece por mí, padre Jorge. Yo rezo por usted, papa Francisco.
Con todo respeto y afecto.



Luis Fernando Vilchez

(Granada, 1942), psicólogo clínico, licenciado en Filosofía y Letras, en Teología y doctor en Filosofía y en Ciencias de la Educación, es profesor emérito de la Universidad Complutense

y actualmente está vinculado a la misma como director de tesis doctorales. Imparte cursos en diversas universidades latinoamericanas. Ha llevado a cabo una serie de líneas de investigación psicoeducativa y social. Es autor de una decena de libros y varios en colaboración, así como un gran número de artículos en revistas académicas y de divulgación. También es colaborador en programas radiofónicos y televisivos y miembro del Centro Católico Internacional de Cooperación con la Unesco.

Diversas personalidades del ámbito civil y religioso, vinculadas de un modo u otro a la Iglesia, se han dirigido al papa Francisco a través del clásico género epistolar. Hombres y mujeres, laicos y religiosos, jóvenes y no tan jóvenes, educadores, periodistas, teólogos, responsables de diversas instituciones sociales, culturales o religiosas, desde sus distintas perspectivas y experiencias vitales y profesionales, le expresan en estas páginas sus motivos de agradecimiento, sus temores, dudas, deseos, esperanzas y sueños. Reunidas en este libro, estas veinte cartas ofrecen una rica visión de los desafíos a los que se enfrenta la Iglesia y de las fortalezas y debilidades con que los afronta, con el Papa a la cabeza.



www.sanpablo.es

ISBN 978-8-428553-85-8



9 788428 553858